

EL LIBRO

Susana SANDERS*

sander@cuib.laborales.unam.mx

"Esa creatura indescriptible y mágica, inasible en el tiempo, doliente o dulce en el espacio que congrega a lo humano en pequeños pedazos."

Charles Woken

El libro, desde su origen hace 5000 años, es un fenómeno social de carácter procesal, es decir, una presencia comunitaria, social, constante, y cambiante en todas sus cualidades: tanto en su estructura externa como en la forma interna de sus contenidos; los medios con los cuales dichos contenidos son organizados y representados; y la forma y materia de estos medios.

Así, el libro ha sido de barro cocido, de madera, de seda, de papiro, de pergamino, de papel, de plástico en algunas ocasiones, y de energía alfanumérica en otras.

La escritura del libro ha sido: cuneiforme, jeroglífica, ideográfica, alfabética; cuyos medios para realizarla también han variado: punzón, pincel, pluma natural, plumilla, plancha de relieve, tipo móvil, matriz de offset y fotocomposición.

El contenido del libro ha sido de religión, de política, de arte, de literatura en todas las dimensiones de la emotividad humana, de historia, de geografía, de biografía, de ciencia, de tecnología, de filosofía y de poesía.

El libro ha sido, también, de realidades y de ficciones, de violencia y de paz, sobre el bien y el mal, esotéricos y exotéricos, vitales y escatológicos, sublimes y pedestres, exquisitos y vulgares, extraordinarios y comunes, luminosos y oscuros,

etc., y toda la gama que las emociones, la inteligencia, los sentimientos, la razón, la imaginación, los deseos y la memoria del ser humano pueda representar e imprimir gráficamente, a lo largo de su propia historia, es decir, de su devenir significativo espacio-temporal. Pues decir, humano es decir comunidad, es decir, significación: historia.

El qué, cómo, y con qué de los impresos, ha venido representando, una forma de concepción, selección y elección colectiva de las cualidades inherentes a los materiales internos y externos para **comprender** su contenido.

Si bien este proceso socio-comunitario que es el libro, al haber sido y mantenerse siendo un proceso multitransformado, y policambiante en la comunidad, dentro de un espacio humano histórico; no significa que sea un objeto, cosa o un «algo» que como la infinitud de objetos que ha generado la comunidad a lo largo de su existencia, constituya una cierta ajenidad por cuanto no es lo humano mismo, sino un producto más de sus relaciones con su entorno y consigomismo. **Muy por el contrario. El libro, más que un producto humano se hace presente como un proceso en que lo humano va develando facetas de su ser mismo.**

La distancia histórica que tenemos hoy del libro como un proceso que cada vez más se va

(*) Investigadora, Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológica UNAM, México.

convirtiéndose en una figura del pasado, como lo han sido los materiales y las formas que ha asumido, nos permite hacer nuevas consideraciones.

Más allá de entender al libro a partir del conjunto de sus elementos permanentes, p.e. un soporte fijo de hojas o partes ligadas; su manueabilidad; su reproducción ordenada de letras signos y figuras; la percepción directa de su contenido ha sido, más que un elemento, un factor determinante de su definición como lo es, también, la estructura orgánica de su comunicado.¹

O, desde otro enfoque, comprender a los libros como **decires escritos**, decires que reclaman su conservación porque son decires **que dicen sobre algo**, sobre muchas cosas, como dice Ortega y Gasset: "...el hacer vital, la función viviente que es decir, culmina en aquel de sus modos consistentes en decir lo que hay que decir sobre algo... Sólo este decir reclama esencialmente su conservación y, por tanto, que quede escrito. No tiene sentido conservar nuestra frase cotidiana: ¿dónde están las llaves? que una urgencia transitoria motivó. El libro es, pues, el decir ejemplar que, por lo mismo, lleva en sí esencialmente el requerimiento de ser escrito, fijado..."²

Esta fijación del decir -afirma Ortega y Gasset- constituye el primer momento del libro como auténtica función viviente; función en potencia que está diciendo siempre lo que tiene que decir. Y cuando hay un alguien a quien ese decir sobre algo se dice, esa función se activa, se realiza.

La permanencia que alcanza el decir cuando es fijado, escrito; dinamiza el saber de la memoria, la materializa y posibilita que otro hombre «reproduzca en su persona la situación vital a que aquel pensamiento respondía. Sólo entonces puede afirmarse que las frases del libro han sido entendidas y que el decir pretérito se ha salvado.»³

Empero, el carácter multifacético del proceso libro, su coincidencia histórica de que se tiene noticia con las comunidades que activan procesos formativos entre sus individuos jóvenes;⁴ y "el desierto que crece" en la actualidad de lectores, nos lleva a otro tono de reflexiones sobre el libro.

Escribir un libro es una actividad religiosa.

Escribir es recrear la situación en la que todos puedan vivir nuevamente como comunidad, el libro es una comunidad simbólica plasmada en palabras,

impresa en imágenes. Los símbolos son el rebaño que los «pastores del ser», de la realidad, conducen por el tiempo.

Así como cada individuo es un microcosmos porque es una microcomunidad, cada libro es ese microcosmos comunitario sin el lastre de la materialidad, del **concretum**, y con la virtud de la temporalidad histórica, dinámica, polivariable y multisignificativa, que es cada palabra, cada frase, cada imagen de cada página de libro.

Palabras, frases e imágenes multisémicas que, sin embargo, constituyen un sistema en sí mismo significativo y distinto a otros sistemas. Así como el individuo cuya experiencia vital es irrepetible e intransferible en cuanto tal, pero conforma el núcleo significativo que es cada individuo como ser simbólico, cuyas experiencias vitales sólo pueden darse en y por la comunidad humana.

Las imágenes, palabras y frases constituyen un sistema específico y diferenciado que es el libro; el cual, como cada individuo y como cada comunidad que es una cultura irrepetible e intransferible, sólo puede crecer en comunidad, y sus significados son intransferibles a otra comunidad, **y sin embargo son infinitos**, pues simbolizan a todo lo humano pasado y posible.

Las palabras escritas, si bien son inseparables de la situación vital en la que surgen, son a la vez evidencia de la capacidad que tiene el ser humano de separarse de esa vida situada concretamente en la realidad.

Las palabras son en rigor inseparables de la situación vital en la que surgen y en las que adquieren sentido preciso, evidencia. Situación vital en la que surgen las palabras y a la que quieren regresar conformando la comunidad impresa.

Antes del libro manuscrito no había otra forma en que pudiera conservarse y acumularse el saber pretérito -del pasado propio y ajeno- que la memoria, una memoria colectiva y dinámica, que al materializarse en el libro, expone esa memoria a todo posible enriquecimiento, la pone en el tiempo a disposición de todo el mundo; pero a la vez, pone a todo el mundo en el decir que se objetiva: Mi mundo se objetiva en el libro, y a la vez, objetiva el mundo en donde soy y estoy sujeto.

Los individuos que leen sin pensar lo que leen son, dice Platón, cargadores de frases. Pero estos hombres que cargan frases - como en toda comunidad donde existen: el ciego, el paralítico, el jorobado, el malvado, el ejemplar, etc.;- son un tipo de seres que esa comunidad literaria requiere para ser y para ser el «reflejo» de la comunidad real. Por eso el que escribe debe cuidar su comunidad, saber usar las palabras. Los que cargan frases tienen también el derecho de representar la forma en que viven su comunidad, como seres inauténticamente reales.

Se ha considerado que el decir se fija, se le deja escrito para proporcionarle algo que por sí mismo no tenía: la permanencia. Esto es parcialmente verdadero: **el carácter multifacético del proceso libro, más que la permanencia del decir, hace patente la temporalidad del que dice**, cómo lo dice y con qué lo dice; el libro, como lo humano, se mantiene siendo en sus múltiples expresiones materiales y de contenido. El libro no intenta proporcionar la permanencia al decir, su finalidad es comunicar el ser comunitario-individual-histórico que somos cada uno de nosotros.

La pregunta entonces es: para qué queremos comunicarnos? la respuesta es obvia: para hacer comunidad, para religarnos a la comunidad. A esa conjunción de seres humanos, transformante y transformadora, cambiante cualitativa y cuantitativamente, y donde trascendemos la inmediatez natural; y al quedar impresa esa comunicación, quedan reflejadas todas esas características de la comunidad real.

El libro no tiene como finalidad mantener la memoria pretérita. Falso. Si esto fuera así, todos los libros serían libros de historia. lo que sí es cierto es que todos los libros son históricos, lo tienen que ser en cuanto reflejan la comunidad de individuos humanos en el tiempo.

El problema al que nos tenemos que enfrentar es: por qué las comunidades forjan individuos que buscan religarse a la comunidad? no se trata de la muerte ni de la permanencia, el individuo sabe que nada permanece, y si quisiera permanecer, habría más escultores que escritores.

La comunidad real entra en crisis y busca un ancla para mantenerse siendo esencialmente lo que es, que no es realidad estática, sino que es realidad

porque es cambiante. En la escritura, en cada palabra el individuo se representa, y al darse sentido en una frase, en una oración, se contextualiza en esa comunidad. Adquiere realidad propiamente humana cuando los otros revitalizan su significado con su lectura, volviéndolo comunitario.

Quizás el individuo escriba porque la comunidad material es demasiado dura como para dejar entrar a su espíritu, es apta para su cuerpo, pero no para su alma. Todo esto que se nos da, todo esto que nos hiera con sus aristas concretas, que funde nuestros sentidos con el calor aplastante de su estar ahí, cambiante; solamente podemos liberarnos de ello a través de los símbolos, del lenguaje; pero no del lenguaje mímico, corporal, gesticulante donde la materia sigue generando muecas, donde se vuelve trazos o piedra, y sólo es domesticada en la medida misma en que la representamos, nuevamente con el símbolo, en que el sentimiento que nos provoca tiene un nombre, un significado, se vuelve pensable, es decir, se introduce en un sistema de comprensiones, entendimientos y explicaciones que ya no son tocables, advertibles con el tacto, la mirada o el oído: se vuelve símbolo. Símbolo que reproduce a la comunidad y nos liga nuevamente a ella, cuando la escribimos, cuando la dejamos impresa en imágenes, en grafías.

El hombre es tiempo, el hombre vive en las ideas, pero las ideas escritas dan un sistema real a su existencia temporal. Estas ideas vivas son el repertorio de nuestras EFECTIVAS convicciones sobre lo que es el mundo y lo que son los prójimos, sobre la jerarquía de los valores que tienen las cosas y las acciones: cuáles son más estimables, cuales son menos. La vida es grafía. "El sentido primario y más verdadero de esta palabra "vida" no es, pues, biológico, sino biográfico, que es el que posee desde siempre en el lenguaje vulgar".⁵

La casi totalidad de esas convicciones o ideas, no se las fabrica robinsoneamente el individuo, sino que las recibe de su medio histórico, de su tiempo, de su comunidad. En éste se dan, naturalmente, sistemas de convicciones muy distintas. "Unos son supervivencia herrumbrosa y torpe de otros tiempos. Pero hay siempre un sistema de ideas vivas que representa el nivel superior del tiempo, un sistema que es plenamente actual. **Ese sistema es la cultura.** Quien viva de ideas arcaicas se condena a una vida menor, es el caso del hombre o del pueblo incultos."⁶

Por esto afirmamos que el libro o la escritura no persiguen mantener la memoria, sino mostrar con cada interpretación de la realidad que la memoria es pasado. El objetivo del libro es mostrar que nada permanece, como en la comunidad humana real, porque es más fácil ver ese cambio en el proceso del libro donde el sistema dinámico de la existencia permanece orgánicamente trabado en un conjunto de hojas de percepción directa.

El libro es una microcomunidad porque es una microcultura, es un sistema de ideas viviente, activo y potencial, posible y necesario.

El libro, como toda forma de arte, de conocimiento, de actividad es la expresión gráfica de la colectividad, desde la perspectiva del individuo y es, al mismo tiempo, la expresión gráfica del individuo, de su contenido, su forma comunitaria. Pues todo individuo es individuo-comunidad-historia, y toda comunidad es de individuos históricos. Sin comunidad habría sólo singulares; sin individuos, no habría comunidad, habría grupos de seres gregarios, sin historia, sólo naturaleza.

A diferencia de las otras **poiésis**, producciones humanas, la grafía impresa es como la música, la mínima concreción de la materia, para la máxima expresión de la energía sonora armoniosa. Pero, a diferencia del sonido, la letra, la imagen impresa, convoca al diálogo, al reencuentro con la comunidad; en el libro, el otro, el prójimo está siempre presente. El sonido armonioso lleva a la **diánoia**, al diálogo interno, al reencuentro con la propia subjetividad, con la dimensión emocional y sentimental que nos define en la individualidad. El libro de música nos comunica con su creador, delimita nuestra expresividad a los términos en que las notas se van sucediendo armoniosamente, dialogamos con el autor, no nos perdemos en el solipsismo de nuestra propia música interior. Pero si imprimimos en un libro nuestra propia armonía, nos abrimos al diálogo comunitario, crecemos y nos perfilamos con mayor precisión en nuestra interioridad musical.

La diversidad de tópicos que expresa el contenido de los libros, refleja en su singularidad, la diversidad de dimensiones que tiene la comunidad humana y cada uno de sus individuos.

El libro es el espejo de la comunidad humana, es la unidad cualitativa integral del individuo con su comunidad. Por ello la comunicación es el

medio humano para mantener la comunidad de individuos, y de todas las formas de hacer comunidad, como los haceres prácticos, el trabajo, o los haceres teóricos, como los decires científicos o filosóficos, la comunicación escrita, el libro, es la más representativa de la comunidad real, pues ella es directa, discrepante, intelectual, emotiva, integral.

El libro, básicamente, por su materialidad y las múltiples significaciones de su contenido refleja con mayor fidelidad a la comunidad real constituyéndose en la materialización del infinito humano.

La ligazón empírica que los individuos tienen en la comunidad histórica, es una ligazón dada, y es vivida por cada uno como una ligazón inmediata, 'natural', incontestable. Como todas las formas de lenguaje, en cuanto siempre es lenguaje simbólico, especifican la comunidad humana, pues, esos lenguajes, esos comunicados son propios de esta especie hombre que al expresarse con ellos adquiere y dota a la comunidad de carácter humano, es decir, crean algo que no estaba dado. Empero, dichos lenguajes son aptos para vincular a la comunidad en sí misma.

El lenguaje escrito, antes de ser libro es inmediato, cuando es libro, cuando es arcilla, madera, papel, es comunicable a otras comunidades. El libro no fija la memoria, no conserva la cultura; hace algo más **EXTIENDE CUALITATIVAMENTE UNA COMUNIDAD ESPECIFICA A TODAS LAS COMUNIDADES POSIBLES.**

Por ello, la finalidad del libro es integrar a la comunidad del individuo a una comunidad más amplia en el tiempo, **RELIGARSE A LA COMUNIDAD HISTORICA**, propiamente humana. El libro es religión, es religarse a la comunidad abstracta en donde rige la palabra impresa, la imagen hecha grafía.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- (1) OLAECHEA, Juan B. **El libro en el ecosistema de la comunicación cultural**. España: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1986. p. 129-133
- (2) ORTEGA Y GASSET, José. **El libro de las misiones**. Madrid: Espasa-Calpe, 1976. p.72
- (3) **Ibidem**, p.56
- (4) SANDER, Susana. "La Función Docente de la Biblioteca y del Bibliotecario". En: **Revista Interamericana de Bibliotecología**. Vol. 14, Nº 2, Enero-Julio, 1992. p.33
- (5) ORTEGA Y GASSET, **op. cit.** p. 75
- (6) **Ibidem**, p. 78